

Una charla informal para una clase magistral
Aquella Universidad, esta Universidad

Cuando le dije a mi mamá que volvía a la Universidad, no a recibir lecciones ni a darlas, sino a dictar una clase magistral, realmente esta última palabra la asustó tanto como a mí. Entonces me recomendó que me vistiera con un traje sastre, me peinara bien, me lustrara los zapatos y me pusiera unas medias que no tuvieran carriles. El consejo maternal, tan adecuado a su generación y todavía esquema de muchas mujeres sobre lo imperioso de la apariencia, me hizo pensar en aquella universidad en la que estudié y esta universidad a la que regreso.

A aquella universidad iba yo por las tardes, a la una en punto, caminando diez cuadras, a veces bajo el sol, lo más seguro bajo la lluvia, con una salud física y mental típica del anuncio médico, con una falda y una blusa sencillas, tacones bajos, mínimo de maquillaje. La preocupación más grave de esas caminatas de ida y de regreso al caer la tarde, era la de los zapatos, su buen rendimiento era muy importante, comprarse zapatos nuevos producía un conflicto económico para la familia.

A aquella universidad me costó entrar. El problema no fue el examen de admisión que no existía en esa época, sino la oposición de mis padres, quienes decían que los universitarios eran ateos y comunistas. La historia se repite porque me ha parecido oír por ahí algo muy similar. El prejuicio rodeaba a aquella universidad, el prejuicio la rodea también ahora. Las medidas del prejuicio pueden ser diferentes, en el presente se extienden con bajos presupuestos, con limitaciones económicas, con venta de servicios, con alza en las matrículas y con el impulso de universidades privadas.

Terca, empecinada, con una vocación muy definida por las letras, trabajé todo un año para lograr entrar en la Escuela de Filosofía y Letras, en la rama de filología. No era el pago de la matrícula un obstáculo insalvable, pero sí la independencia de pagarlo yo misma y mantenerme todo ese primer año. Si mal no recuerdo se trataba de

una suma de cincuenta colones (\$50.00) y la cafetería universitaria tenía precios hoy ridículos, pero para mí en esa época eran valores casi inalcanzables. Lo mismo pasa ahora, el estudiante debe darse respaldo a sí mismo como una forma esencial para ser independiente, autónomo y consciente de la verdad que encuentra en el aula y en el campo universitario. Esa actitud de independencia la he mantenido toda mi vida y la seguiré manteniendo hasta mi no existencia.

Aquella universidad me libró de ruidos falsos, me enseñó a oír a los demás, a respetar diferentes puntos de vista, a pensar y repensar antes de dar opinión. No fue un tiempo libre de pasiones, ni de egoísmos, ni de intereses creados. La revolución del 48 había dejado dolorosas secuelas, la familia costarricense estaba dividida, algunos intelectuales conocieron el exilio por las ideas que profesaban, incluso maestros de aquella universidad fueron despedidos o forzados a renunciar. No me tocó presenciar esa falta de respeto universitario dentro del aula, lo vi como colegiala aspirante a ingresar y resentí en carne propia el bochorno y el peligro que significa el dogmatismo, el imperio de lo fanático y el delirio triunfalista. Deseo que eso no suceda nunca más en Costa Rica y que esta universidad viva siempre la amplitud, la pluralidad, el libre ejercicio de las ideas y de las palabras.

En aquella universidad tuve como profesores a Abelardo Bonilla León Pacheco, Fabio Garnier, Carlos Monge, Isaac Felipe Azofeifa, Luis Barahona, Rodolfo Pinto, entre otros, y sólo a Angelita Garnier y Ligia Herrera Mata de maestras mujeres. Esta universidad hoy es distinta: una legión de valiosas mujeres enseña y otra legión de mujeres aprende. En aquella había rechazo entre el estudiantado de ciencias a la asistencia de mujeres. Recuerdo el caso de una compañera, autoridad universitaria muy distinguida en la actualidad, a quien frustraron un año universitario en odontología por las piezas nauseabundas que le colocaban entre sus cosas personales. Todavía hay algo de desconfianza y de precaución ante la mujer que escoge el camino de la ciencia, pero ya es de orden menor y surge de quienes no merecen estar en el ámbito

universitario por sus prejuicios y la cerrazón de sus cerebros.

En aquella universidad había un espíritu alegre de bromas, de enamoramientos, de bailes, de semanas universitarias con desfiles y con reinas, tal vez más tímido que el de ahora. Recuerdo que me enamoré de don Abelardo, quien en la época embrujaba con su palabra literaria, estaba soltero y no existía María Rosa de esposa. A ustedes, las muchachas, les pasará lo mismo con Jézer, con Manuel, con Jorge, con Guillermo y tantos otros. A ustedes, los muchachos, les sucederá lo mismo con Cristina, con María, con María Salvadora, con Ivonne, con Emilita y con tantas otras. Son las eternas calenturas de la etapa universitaria.

A aquella universidad la rodeaba una ciudad discreta, pobre, en que todavía se respetaban personas, árboles, flores y parques, sin pretender más allá de lo que era en aquel tiempo, una ciudad sin movimiento de vehículos, con buenos buses y choferes humanos que te llegaban a conocer y dejarte frente a tu casa. Quizás muy provinciana, sin ambiciones, dormida en su propia sencillez. A esta universidad la rodea la urbe de la meseta central, ruidosa, sucia, violenta, inventora de rejas, alarmas y perros cuidadores, sin respeto por las personas, los árboles, los parques y los ríos. Una ciudad deshumanizada, consumista, materialista, de la que la universidad debe cuidarse con esmero para ser diferente y necesaria, para ser humanista y situar los valores en su lugar de prioridades, para dar siempre campo a los estudios generales, a la literatura, a la filosofía y a todos aquellos que los pragmáticos miopes consideran innecesarios en este país que se ha hecho muy precario para los trabajadores honestos y para los idealistas.

A aquella universidad veníamos los que habitamos casas de madera al estilo de tranvía con un zaguán que daba a cuartos a ambos lados y desembocaba en un comedor, el que a su vez era estudio, sala de reuniones y lugar de atención a familiares y amigos. Había radio de ondas locales e internacionales que se oía en las horas de descanso. Había libros, muchos libros, sobre todo de la generación de costarricenses que empezaron nuestra literatura y de la generación española del 98

con los clásicos del siglo de oro. A esta universidad siguen llegando estudiantes de esas mismas casas y de los estilos modernos de ahora, que tienen televisores imponiendo modas y conductas violentas y menos libros y menos lectores. Esta universidad debe crear la exigencia de otro estilo de vida que tenga en cuenta la calidad, el honor de ser pobre y honrado, la garantía de la vocación ya sea científica o artista, el valor de ser antes de tener, la independencia de ideas y de modas, la serenidad y el buen juicio para salvarnos de imágenes creadas para la venta y la falsa promoción, y especialmente su apertura al intercambio y a la ampliación de horizontes.

Aquella universidad estaba en el marco de un país tranquilo en buenas relaciones con sus vecinos, manejaba una situación de general modestia económica y quien deseaba superarse y crecer debía hacerlo mediante un constante esfuerzo personal. Esta universidad vive la incertidumbre del mañana y la influencia del oportunismo. Hay angustia y preocupación por el hoy y el futuro se manifiesta incierto.

Ustedes me han honrado con esta invitación y se los agradezco profundamente. Como han invitado a una poetisa y este lugar es el más apropiado para la palabra y el pensamiento, imbuida como estoy de nuestra realidad, de nuestro subdesarrollo y de la situación centroamericana, permítanme terminar con la lectura de un poema. Lleva el título "Este dolor incontenido de Centroamérica".